



HAL
open science

El distanciamiento de los "pobladores" de la política institucional chilena

Nicolás Salvador Angelcos Gutiérrez

► **To cite this version:**

Nicolás Salvador Angelcos Gutiérrez. El distanciamiento de los "pobladores" de la política institucional chilena. Anuario Americanista Europeo, 2011, 9 (Tema central Identidades movedizas), pp.3-17. halshs-00826714

HAL Id: halshs-00826714

<https://shs.hal.science/halshs-00826714>

Submitted on 28 May 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El distanciamiento de los “pobladores” de la política institucional chilena

Nicolás Angelcos*

Resumen: *El presente artículo interroga las formas tradicionales en que la sociología chilena ha comprendido la relación entre los pobladores y la política institucional chilena. A partir de una lectura centrada en los procesos de subjetivación que estos experimentan, se busca afirmar el carácter político de su experiencia social y el distanciamiento de la política que desarrollan, producto de la problemática interpelación que el Estado realiza desde el concepto de pobreza.*

Abstract: The separation of « pobladores » from Chilean institutional politics
This article questions the traditional ways in which Chilean sociology has understood the relationship between shantytown dwellers and Chilean institutional politics. From a reading based on the processes of subjectivation that they experience, it seeks to affirm the political nature of their social experience and the separation of the kind of politics they develop, which is result of the problematic intervention that the state made from the concept of poverty.

Palabras clave: Pobladores, pobreza, subjetivación, política.

Keywords: Pobladores, poverty, subjectivation, politics.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación tiene por objetivo plantear algunas líneas de reflexión para la comprensión de la experiencia que los pobladores de Santiago de Chile tienen de la política institucional.

Un problema bastante conocido de la democracia chilena actual, junto al hecho de que convive con amplios márgenes de desigualdad, es que tiene una muy baja tasa de participación política. Despolitización, apoliticismo, apatía política, son todos términos que buscan nombrar un único y mismo fenómeno, el distanciamiento de los chilenos y chilenas de la política institucional y, como contrapartida, la debilidad de las organizaciones políticas autónomas.

Ahora bien, en condiciones de estabilidad política, de crecimiento económico y alta desigualdad, ¿por qué no existen alternativas políticas capaces de disputar la hegemonía al modelo neoliberal, ya sea en su dimensión económica o política?; ¿por qué los eventuales movimientos sociales, pese a lograr una gran fuerza en algunos casos, son incapaces de sostenerse y generar algún cambio político sustantivo?; ¿por qué los partidos políticos, pese a su rol central en la gestión del poder, son incapaces de interpelar a los distintos sectores sociales?

Si bien esta demanda de participación política atraviesa distinciones de clase, de género o generacionales, son los sectores populares quienes, aún incluyendo las

* CADIS, École des hautes études en sciences sociales, Francia, nicolas.angelcos@ehess.fr.

distintas categorías socio-demográficas reseñadas, son los más afectados por este proceso de despolitización de la sociedad chilena. En primer lugar, porque frente a una distribución tan desigual del poder y la riqueza a nivel nacional, son incapaces de generar una organización fuerte y estable que equilibre las relaciones de poder ante una eventual negociación. En segundo lugar, porque esa debilidad organizacional les impide, entre otras cosas, construir una alternativa política de carácter más incluyente, donde democracia política y social se articulen de forma más eficiente. Finalmente, porque la crisis de representación, a la cual se alude regularmente, impacta de forma diferenciada, siendo los sectores populares los grandes ausentes del panorama político.

Para entender este “déficit” de la participación popular en la política institucional y la ausencia de alternativa al modelo hegemónico neoliberal existen, de modo esquemático, dos posibles caminos interpretativos. El primero, y más desarrollado por la sociología chilena, consiste en identificar las reformas estructurales que están en la base de los procesos actuales. En relación a los sectores populares, las dimensiones más estudiadas son: la reducción de la protección social ligada a la transformación del Estado (Castel, 2009; 1995); la precariedad y flexibilidad del mercado laboral (Figueroa, 2003); los obstáculos impuestos a la acción sindical (Campero & Cortázar, 1988); la ya mencionada crisis de representación política, basada principalmente en el cambio de orientación de los partidos políticos, desde una orientación “sectorial” (o de clase, si se quiere) hacia una orientación nacional; la deficiente modernización capitalista, incapaz de integrar a los distintos grupos al mundo del trabajo (Baño & Faletto, 1992); el paso de una sociedad industrial centrada en el conflicto de clases hacia una sociedad postindustrial donde las clases aparecen menos definidas, la clase obrera se diluye y se torna difícil encontrar un principio de conflictividad central (Garretón, 2000); o la rigidez de los mecanismos institucionales constitutivos de la democracia formal (Faletto, 1994). Si bien todas estas reformas (la mayoría de ellas llevada a cabo en la dictadura) y deficiencias del “modelo chileno” explican en gran parte la atomización social y son válidas, en mayor o menor medida, para el conjunto de países latinoamericanos e, incluso, para el conjunto de países desarrollados; a mi juicio, son incapaces de explicar en qué medida los diferentes actores, en este caso los sectores populares, son interpelados o no por la política, en el caso específico de la sociedad chilena.

El segundo modo de aproximarse al problema consiste en comprender los modos de construcción de la subjetividad popular, es decir, los procesos mediante los cuales los individuos construyen su identidad autónoma y su experiencia social frente a la política. Siguiendo este tipo de interpretación, parece impropio hablar de “despolitización” de los sectores populares si no se comprende primero cuál es la significación que un sujeto le atribuye a ese término, a partir de la experiencia de la pobreza y la exclusión social. Tal como lo muestra Paugam, la pobreza no es solamente un estado de exclusión social, en términos estructurales, sino “el símbolo del fracaso social” (Paugam, 2002, pág. 16). Así, la descalificación social, tal como lo entienden Castel (1995) y Paugam (2002), es un proceso clave para comprender el devenir de las trayectorias objetivas y sentimientos subjetivos de los sectores más desfavorecidos.

Entre las múltiples dimensiones que componen dicha subjetividad, siguiendo las reflexiones del sociólogo Merklen (2009), se considera central el paso de la figura del trabajador hacia la figura del pobre como clave interpretativa de la situación social de las poblaciones, ya sea desde las políticas públicas, las Ciencias Sociales o la autocomprensión que tienen los sujetos-pobladores de ellos mismos.

Para abordar esta problemática, se ha trabajado sobre la información producida mediante cuatro grupos de discusión conformados por dirigentes sociales de la comuna de Cerro Navia en Santiago de Chile. Estos grupos fueron realizados en el marco de una investigación desarrollada por el Ministerio de Planificación y Cooperación de Chile (2003) con el objetivo de identificar las principales dimensiones que componen el juicio ciudadano en torno a las políticas públicas, principalmente aquellas destinadas a la superación de la pobreza.

La hipótesis principal que se quiere desarrollar se refiere a la importancia que tiene la dimensión pobreza para comprender la estructuración de la subjetividad popular y los impactos que ello tiene para la experiencia que los pobladores tienen de la política.

Ahora bien, desde ya, cabe destacar la ambigüedad de la experiencia subjetiva de la pobreza: ésta no es una dimensión con la cual los pobladores identifiquen de forma clara su experiencia social, al contrario, la subjetividad se forma ahí donde la pobreza y las políticas para su superación son incapaces de interpelar a los individuos. En ese sentido, más que la identificación respecto a la política, se entenderá la desidentificación (Rancière, 2006) en relación a los roles sociales como el gesto político constituyente de la subjetividad popular.

Los pobladores construyen una figura del otro-pobre, de la cual ellos quieren distanciarse, en la medida que la asocian a la degradación moral (delincuencia, suciedad, pereza) y el abandono social. Para ellos, las políticas públicas de superación de la pobreza sólo contribuyen a su reproducción.

De forma inversa, la afirmación de su identidad aparece ligada a la superación individual de las condiciones de precariedad, expresando fuertemente el deseo de ser actor en la producción de la sociedad. La lucha por el reconocimiento es una dimensión subjetiva importante que detona la interpelación de la pobreza.

Las consecuencias de esta construcción de la subjetividad en torno a la pobreza son principalmente dos: primero, los pobladores se distancian de la política institucional dado que consideran que ella contribuye a reproducir la pobreza, en tanto que determinación social. Segundo, los pobladores desarrollan un registro político allende la política institucional donde la lucha por el reconocimiento y la individualización de la experiencia social son centrales. Se subraya el contenido político de este registro, en la medida que la sociedad les aparece como un orden de dominación, que les impone un rol social del cual luchan por desprenderse. Ahondaremos en estas reflexiones a lo largo de este trabajo.

LA IDENTIFICACIÓN DE LO POLÍTICO A LA POLÍTICA INSTITUCIONAL

La participación de los chilenos y chilenas en la política institucional ha sido un tema ampliamente discutido en el campo de las Ciencias Sociales. Para Toro (2008), el desencantamiento de los jóvenes en torno al sistema democrático, la contradic-

ción entre las esperanzas sociales y la imposibilidad de realizarlas a corto plazo en el plano político han sido los temas principales que han hegemonizado el debate.

La dimensión central alrededor de la cual se han centrado dichos estudios es la tasa de inscripción en los registros electorales. Así, para el plebiscito del año 1988, donde se jugaba la actualidad y el futuro de la dictadura, el 90,7% de los jóvenes participó en las elecciones; sin embargo, dos años más tarde, en las primeras elecciones presidenciales después de diecisiete años, sólo el 50% de los jóvenes en edad de votar hizo efectivo ese derecho¹.

A partir de este fenómeno, la literatura sociológica ha trabajado principalmente en torno a dos explicaciones: la primera habla de una normalización de las tasas de participación electoral, es decir, la alta participación registrada durante el plebiscito se puede explicar por el momento decisivo que implicaba este evento en la historia política chilena. Así, la caída experimentada dos años más tarde no significaría más que la vuelta a las tasas históricas de participación electoral, ya observadas antes del golpe de Estado del año 1973 (Navia, 2004).

La segunda explicación identifica dimensiones mucho más comprensivas del fenómeno, orientando la investigación hacia el comportamiento político de los jóvenes, asumiendo la fuerza identitaria de dicha categoría. Se habla, de esta manera, de una apatía política de los jóvenes, producto de una socialización política llevada a cabo principalmente en el núcleo familiar, así como también de una desconfianza generalizada en torno al régimen. Otras interpretaciones se detienen más bien sobre la importancia en la construcción de redes sociales en el entorno juvenil (clubes deportivos, talleres de rock, preuniversitarios populares, entre otros) conformando una identidad allende la política nacional.

A medida que la década de los años noventa avanza, la caída de la participación electoral no cesa de expandirse. Actualmente, el 30,7% del total de los jóvenes en edad de votar están inscritos, al mismo tiempo que el 68,1% no muestra ningún interés por ejercer dicho derecho (Ruz, 2008). Estas elocuentes cifras llaman una vez más la atención, tanto de las autoridades políticas como de los investigadores sociales, sobre el comportamiento político de la juventud.²

En este contexto, las principales dimensiones que han dominado el espectro de interpretaciones son: 1) las diferencias generacionales y 2) la pobreza.

En relación a la primera, diversos estudios han subrayado la centralidad del distanciamiento entre las experiencias juveniles y las experiencias adultas, marcadas por el trauma de la dictadura. En este sentido, los jóvenes presentarían mayores niveles de apatía política que los adultos (Baño, 1995; Toro, 2008; Madrid, 2005).

El estudio realizado por Toro (2008), dentro de la misma perspectiva, muestra un análisis más fino. Como marca constitutiva de la participación política, el autor destaca el evento mismo del plebiscito del año 1988. Así, si bien se considera la distancia generacional; la apatía no correspondería solamente al segmento de los jóvenes,

¹ Si consideramos que en Chile, hasta la última elección presidencial realizada el año 2010, el voto era obligatorio, la tasa de inscripción coincide con la de participación.

² La discusión en torno a la necesidad de cambiar la inscripción y voto obligatorios hacia la inscripción automática y el voto voluntario apuntan hacia la misma dirección, arguyendo que eso incrementaría la participación política (Fuentes & Villar (eds.), 2005).

sino también a aquellos adultos que no participaron en dicho proceso, ampliando, de esta manera, la magnitud del problema en cuestión.

Pese a las diferencias entre estas investigaciones, todas hablan de la centralidad que ha adquirido la individualización en las trayectorias juveniles, tendencia directamente asociada a los procesos de modernización neoliberal. En esta perspectiva, el distanciamiento frente a la política es el producto del aislamiento del individuo en relación a la producción de identidades colectivas (González, y otros, 2005). Podría incluir en esta línea los postulados de Lechner (2002) y el efecto de ellos sobre el Informe de Desarrollo Humano, realizado por el PNUD (2002) el mismo año.

Esta distinción del individuo respecto a su comunidad es explicada de dos formas distintas, a saber: por una parte, Luis Ruz (2008) muestra cómo los jóvenes "desfavorecidos" son incapaces de realizar su individualidad más allá de los obstáculos que le imponen ciertas determinaciones sociales. Esta idea nos aproxima al concepto de individuo "por defecto", desarrollado por Castel (2009; 1995). Estos individuos, dada la ausencia de soportes sociales necesarios para enfrentar las condiciones de precariedad que los afectan, serían incapaces de afirmar un mínimo de independencia social.

Por otro lado, Baño interpreta esta individualización a partir del concepto de apoliticismo, donde el individuo chileno contemporáneo aparece como la expresión de un individuo-masa, incapaz de conducir las orientaciones políticas de la sociedad. "El hombre-masa tiene pretensión de individualidad con respecto al todo social. Pero esa pretensión de individualidad se hace negando la vinculación social que la construye y enajena su acción sobre el todo social que así aparece dominándolo sin contrapeso" (Baño, 1995, pág. 8).

El sujeto es visto, desde esta perspectiva, como un producto de la socialización; la subjetivación política es, por lo tanto, un proceso de interiorización, de la parte del individuo, de la relación política. En ese sentido, Baño puede hablar de apoliticismo, en la medida que, la política, ya constituida, no afecta la subjetividad de los individuos.

La segunda dimensión relevante para la comprensión del distanciamiento de la población respecto de la política institucional es la pobreza. Junto al trabajo de Ruz (2008) que se mencionó, Aranda y Cuevas (2008) muestran cómo la juventud, cuando experimenta la pobreza, deviene una realidad dramática que pesa sobre su subjetividad.

El estado del arte sobre el problema del distanciamiento de los chilenos, particularmente los más jóvenes y los más pobres, de la política institucional nos ofrece principalmente criterios estructurales para la comprensión del fenómeno. La utilización de datos cuantitativos o encuestas de opinión en prácticamente todas las investigaciones es un indicador claro de esta perspectiva estructural.

Las determinaciones de edad, la relación entre las generaciones o la estratificación social que pesa sobre las actitudes y comportamientos políticos de las personas nos diseñan un cuadro claro y fundamental donde es posible situar el problema, pero poco nos dicen en relación a la experiencia social de aquellos jóvenes o personas pobres en general.

De esta forma, quiero dar un paso hacia atrás en la preocupación respecto al tema. Ya no se trata de estudiar la relación de unas personas ya constituidas con una

política institucional bien definida (municipalidades, partidos políticos, Estado u otros), sino más bien de detener la mirada sobre los procesos mediante los cuales la subjetividad, en este caso la subjetividad popular, se construye; qué concepción de lo político se deriva de ello y qué tipo de relaciones se establecen con la política institucional.

Este ejercicio implica un descentramiento del concepto mismo de política, abandonando su fácil identificación con la política institucional, para alojarse ahí donde lo social mismo se produce. Lo que se trata es de recalcar el carácter productor de lo político por sobre su rol estrictamente reproductor. En este sentido, el análisis que emprendo es heredero de diversas perspectivas teóricas, desde Nietzsche (2000), pasando por Foucault (1992) hasta Rancière (2007; 2006) o desde Gramsci (1970) a Laclau y Mouffe (Laclau, 2010; 2006; Laclau & Mouffe, 1987; Mouffe, 2007).

LA ESTRUCTURACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD POPULAR. CENTRALIDAD Y AMBIGÜEDAD DEL APELATIVO “POBRE”

Desde la década de 1980 en adelante, los barrios populares devinieron en la mayoría de los países del Cono Sur el centro de las estrategias rotuladas bajo la marca de las luchas contra la pobreza. El sociólogo uruguayo Merklen (2009) muestra cómo estas estrategias marcan un cambio en la orientación no sólo de las políticas públicas y la protección social, sino también en la reflexión que adoptan las Ciencias Sociales, las intervenciones de las ONGs, y el rol que pasan a ocupar las organizaciones barriales por sobre las estructuras sindicales. Así, el paso de la figura del “trabajador” al “pobre” implica una reconfiguración de lo que Merklen denomina la “politicidad” (“*politicité*”) de los barrios populares; el caso de los “piqueteros” en Argentina es el ejemplo más actual y palpable de este proceso.

Si bien un ejemplo de esas características en Chile es difícil de encontrar, no parece menos cierto que la “politicidad” de los sectores populares en Chile está marcada fuertemente por esta transformación.

La hipótesis que quiero testar en esta sección es que la “pobreza” en tanto categoría con la cual se pretende interpelar a los individuos de los barrios pobres actúa, de forma negativa, como un “detonador” de subjetividad, en la medida que es incapaz de comprender la “sociabilidad” (“*sociabilité*”) que encarna la experiencia popular. En resistencia a la imposición del calificativo “pobre”, los pobladores expresan su deseo de ser actores, de construir su propia vida de manera autónoma, pese a los obstáculos sociales que su propia experiencia cotidiana debe enfrentar.

Frente a la pregunta planteada en los distintos grupos de discusión en torno al mal juicio ciudadano sobre las políticas sociales destinadas a la superación de la pobreza, la primera respuesta, sobre todo en los grupos compuestos por adultos y ancianos es un cuestionamiento a la prelación de “pobreza” que la pregunta moviliza: *“¿a qué se refiere? netamente a la cantidad de ingreso que tiene? ¿Cuánto come o no come en el día o qué?, por ejemplo, a una persona... yo tengo ingreso pero, yo digo, mis gustos en la casa, pero si yo quiero ir a la ópera no puedo, o sea, ¿ese nivel de pobreza también?, ¿o no?, ¿eso es pobreza? o sea, yo digo para comer y para, para pagar el colegio supongamos, mis hijos, no tengo hijos, pero pago las necesidades básicas ¿ah? Pero si yo quiero ir al Caribe, por ejemplo ¿puedo hacerlo?”*. Esta

afirmación muestra una ambigüedad que se reiterará a lo largo de la discusión. Los pobladores no se identifican con la definición de pobreza que pareciera tener el Estado ("¿cuánto come o no come en el día?"), sino más bien con deseos insatisfechos ("si yo quiero ir a la ópera no puedo").

Esta distancia establecida en relación a la definición de pobreza, definida por las autoridades políticas, lleva, a lo largo de la discusión, a dos respuestas ambiguas: por un lado, ellos asocian estrechamente la pobreza con una cierta degradación de las personas. Un poblador declara: *"yo pienso que la gente confunde mucho la pobreza con lo que es la cochíná y la suciedad, porque hay gente que es muy pobre, tiene a lo mejor sus cosas básicas pero si uno entra a esa casa la hediondez, el mosquerío, cosas sin hacer, loza por allá, el montonerío por uno y por otro lado"*.

Por otro lado, otra persona afirma: *"pobreza se define también, por una parte, a mí, que en su vida también han tenido, han trabajado, y ha llegado un momento en que en este momento la situación económica cae difícil para todos, y pobreza se llama el que a veces puede la persona no esté metida en el barro, como dice Juan, en el hoyo. Pobreza puede tener, como esta misma sala que está bonita, cundidora, y en realidad la gente está pobre porque no tiene como sustentar sus gastos económicamente"*. Contrario a la identificación de la pobreza en relación a la suciedad o el desorden, las personas tratan de mostrar que la belleza aparente ("esta misma sala que está bonita") esconde una pobreza que no está siendo considerada, pese a que esta categoría igual actúa como una dimensión inclusiva dentro del grupo.

Para ellos, las estrategias de lucha contra la pobreza desarrolladas por el Estado están dirigidas a combatir el primer sentido asignado al término: *"ahí la inversión que es para ver, que tiene el gobierno como tú dices ahí ¿dónde está? Es para la gente que está en una parte que es el acabose, que ya está en el barro, las camas sin hechas, no les gusta la limpieza, no ve una parte donde que la persona necesita, la que ha podido subsistir a base de esfuerzo"*.

La crítica de los pobladores entrevistados hacia los pobres se apoya, de esta manera, en la valorización del esfuerzo personal para hacer frente a los obstáculos sociales. La pobreza es un elemento que determina su condición social, pero su subjetividad se constituye ahí donde se revela incapaz de negar sus deseos. La subjetividad popular es una lucha contra los obstáculos que la pobreza implica para la realización de sus deseos de ser actor.

Los pobres asistidos por el Estado, objeto de la focalización de las políticas públicas, son vistos por los entrevistados como personas que no merecen la ayuda social, ya que no quieren salir de la pobreza y reproducen dicha pasividad en su vida cotidiana, visible en la imagen de la "suciedad".

Martínez y Palacios (1996) interpretaron esta crítica como una distinción estamental que se realiza al interior de la población entre la "cultura de la pobreza" y "la cultura de la decencia". La primera se refiere a la clásica concepción desarrollada por Lewis (1972), donde la cultura de la pobreza significa la ausencia de participación. El pobre, frente a un mundo que le aparece hostil, prefiere refugiarse, deviniendo prácticamente en extranjero.

La cultura de la decencia, por su parte, es una actitud construida a partir de la afirmación individual en torno a la posibilidad de superar la condición de precarie-

dad que los caracteriza. Esto desemboca en la creación de un estricto código moral que define al “buen pobre”, quien merece efectivamente una recompensa social.

A mi parecer, más allá de un proceso de estratificación, la formación de estas dos culturas revela sobre todo una construcción ambigua de la subjetividad popular. La relación con el otro, fundamental en los procesos de subjetivación, se expresa negando aquello que aparece como una amenaza y afirmando el deseo que los caracteriza.

El esfuerzo personal es un elemento central que diferencia la significación que tienen los pobladores en relación a la pobreza. Se consideran pobres, es una dimensión inclusiva, sin embargo, quieren oportunidades para realizar su subjetividad. Los pobres asistidos son aquellos que no tienen deseos, es una condición social que el Estado contribuye a reproducir.

Una mujer adulta utiliza la expresión “pobreza de espíritu” para diferenciar su pobreza material, los obstáculos objetivos que implica, de la pobreza que afecta a los “otros pobres”. *“Yo tengo harta visión de lo que es pobreza, igual siguiendo en el mismo tema que estaban de lo material pa’ mi el pobre es el pobre de espíritu, y de ahí duele más (...) yo pienso que el espíritu es el que tiene que enriquecerse, el que es pobre de espíritu nunca va a ser nada en la vida, nunca va a tener algo un poquito mejor”*.

Por otro lado, la pobreza aparece en los discursos de los participantes asociados a otros elementos, a saber: el fracaso social, la frustración, la tristeza. Hay gente a la cual *“la tienen en la miseria más grande; no me lo quita nadie de la cabeza, porque hay gente, la gente está llorando, vive en un rancho, humilde”*.

Este sentimiento se torna dramático en los pobladores más ancianos, quienes ligan estrechamente el fracaso y la pobreza a la enfermedad y la muerte. *“Toda persona con una enfermedad de término también tiene momentos en que necesita un dulce, necesita un caldo, una sopa bien preparada, no la tiene, esa sí que es extrema pobreza”*. Esta identificación muestra que el temor a las situaciones de precariedad social no se deriva únicamente de la falta de dinero. Expresa al mismo tiempo un sentimiento de soledad, de abandono social. Este sentimiento puede ser interpretado como un progresivo alejamiento de la sociedad.

En el mismo sentido, otra persona agrega: *“hay gente que muere de cáncer y la gente que muere de cáncer o de otras enfermedades, ancianos, jóvenes, mueren y lo único que hay es el cajón que le puede dar la municipalidad, pero no tiene ni una pastilla, ni para el dolor ni para esto, menos para entretener siquiera la vista, porque usted sabe que un condenado a muerte tiene deseo de algo, de servirse un agua, jugo o algo, hay que despedirse de esta vida de alguna manera, ni eso, ni para eso tienen”*. En esta cita, quisiera destacar la importancia que se le da a la ayuda social para la construcción de su imagen de la pobreza. Las personas más pobres sólo reciben de la municipalidad un ataúd. Al mismo tiempo, aparece nuevamente la afirmación del deseo como elemento decisivo en la subjetividad. Incluso *“un condenado a muerte tiene deseo de algo”*.

La pobreza, íntimamente ligada a la muerte, aparece como la mayor determinación que afecta a toda persona. El abandono social que la pobreza pareciera traer surge como un acontecimiento producido más allá del individuo, fuera de su volun-

tad. La pobreza es un obstáculo externo que parece impedir la realización del deseo que la subjetividad comporta.

La pobreza, retomando la noción introducida al principio por Paugam (2002), implica una ruptura con el vínculo social, es un estado de marginalidad total; al contrario, los pobladores demandan integrarse de forma activa en la producción de la sociedad: *"nosotros queremos dignidad como seres humanos como personas, porque nosotros no pedimos, porque, porque necesitan de la gente de trabajo, necesitan de las poblaciones donde estoy"*.

Un jubilado agrega: *"lo que tenemos que pedir es que nos den trabajo porque todavía valemos, todavía somos seres humanos, todavía podemos darle algo a la sociedad, que no nos arrinconen como seres humanos y no nos marginen como personas. Valemos nosotros, tenemos valores muy grandes, porque hemos trabajado en nuestra vida por la sociedad. Hemos trabajado en tantas cosas no sólo para nosotros; entonces ¿por qué ahora nos hacen a un lado como cosas inservibles entonces?"*. En esta cita, los obstáculos de la pobreza se asocian con aquellos impuestos por la vejez. En ambos casos, la persona quiere actuar, no quiere recibir dinero, sino trabajo. La acción que comporta el trabajo le permite definir su condición de ser humano.

Así, la pobreza, más allá de una determinación de los individuos, es un detonador de sus subjetividades. Expresa con claridad el deseo de ser actor, constitutivo de la definición de sujeto que desarrolla Touraine (Touraine & Khosrokhavar, 2000). Pese a los obstáculos para la afirmación de sí -los bajos salarios, el desempleo, la inseguridad o la discriminación que los afecta- los pobladores desean y exigen su participación activa en la producción de la sociedad.

El registro político de los pobladores articula demandas culturales (reconocimiento), sociales (inclusión) y políticas (autonomía) a través de su propia experiencia social. La identidad construida de esta manera no expresa la pertenencia a un Estado-nación; la pobreza no refleja directamente la explotación económica y la participación política no se limita a su correlato institucional.

La trayectoria de lo social hacia la política no se estructura alrededor de un principio de conflictividad central. No existe una correspondencia estrecha entre la condición social y el comportamiento político. La expresión del deseo de ser actor es más confusa y más ambigua que nunca. El sujeto critica la acción del Estado, pero, al mismo tiempo, construye una respuesta individual para superar la pobreza. El sujeto reivindica su "condición humana", pero construye, como contraparte, una imagen perversa del "otro-pobre".

En fin, estas ambigüedades que cruzan la subjetividad popular deben ser comprendidas para evaluar las formas, a veces erráticas, que adoptan los comportamientos políticos. A continuación, detallaré dos dimensiones igualmente decisivas, a saber: el reconocimiento y la individualización de las trayectorias sociales.

RECONOCIMIENTO E INDIVIDUALIZACIÓN. CLAVES PARA COMPRENDER LO POLÍTICO EN LOS SECTORES POPULARES

Contrario a un reconocimiento de sus cualidades individuales y sociales, los pobladores sienten un profundo desprecio de parte del Estado. Este desprecio se mate-

rializa concretamente en la asignación de recursos hacia aquellas personas que “no lo merecen”, es decir, aquellos pobres a los cuales ellos asocian el abandono social y la degradación moral. Este sentimiento de injusticia nos permite comprender el reverso del reconocimiento, lo que Honneth denomina “desprecio social”. “Los sujetos se encuentran en una espera recíproca de ser reconocidos, en tanto que personas morales como por las prestaciones sociales que cumplen (...) en lo que concierne a los acontecimientos que, en la vida social cotidiana, son percibidos como injusticias morales (...) quisiera designar la experiencia moral que los sujetos humanos hacen típicamente en aquellas situaciones como el sentimiento de sufrir un desprecio social” (Honneth, 2006, págs. 192-193).

En los discursos analizados, la lucha por defender la condición de seres humanos está muy presente. Si bien esta reivindicación ha sido considerada en muchos casos como afectiva, es decir, que se inscribe en el plano de la personalidad y no de la cultura o la sociedad; a nuestros ojos, ella establece un vínculo interesante entre moralidad y política. Es decir, el sentimiento de injusticia que afecta a las personas en su calidad moral, despierta en ellas la dimensión del reconocimiento como una lucha, que debe ser plasmada en el ámbito de lo político para ser realizada.

Un poblador dice: *“el problema es que quieren evaluar nuestra pobreza en el sentido de que nosotros vamos al paternalismo. Yo creo que ninguna persona que tenga un poquito de cinco sentidos, no vamos a esperar que nos den todo, sino que nosotros quisiéramos tener cómo evaluar nuestras condiciones de seres humanos”*. Es exactamente el paternalismo la imagen que refleja bien el contrario de la subjetivación. El sujeto lucha por construir la sociedad a partir de sus propias acciones; esta acción no tiene ningún contenido fijo, sino que representa el camino hacia el reconocimiento como un ser humano, más allá de las exigencias y de las evaluaciones sociales o políticas.

Así, la crítica que sostienen en los sectores populares hacia la ineficiente o insuficiente cantidad de recursos otorgados o transferidos por el Estado no debe entenderse como una demanda orientada hacia la construcción de un clientelismo de corte instrumentalista. Al contrario, es el establecimiento de una relación entre lo político, como registro de la subjetividad popular, y la política como dimensión particular de la sociedad. Relación prácticamente ausente en la democracia chilena.

El deseo de ser reconocido como un ser humano toma el centro de la acción autónoma de los pobladores, es decir, la posibilidad de articular su propia vida es realmente la única dimensión donde podemos ver aparecer la expresión del “yo”. En las otras dimensiones, es a través de la degradación moral y el abandono social producidos por la pobreza que los sujetos construyen una imagen del otro.

A partir de la sociología del sujeto de Touraine (1992; 1991; 1995; 2005; Touraine & Khosrokhavar, 2000) se puede explicar este fenómeno. El paternalismo, contra el cual los individuos luchan para afirmar su subjetividad, es la imagen del “yo social” (“*moi*”), es decir, el conjunto de significaciones que la sociedad le impone al individuo. Son los roles con los cuales los “poderes impersonales” (Touraine, 1992) interpellan a los individuos, principalmente bajo la categoría de “pobre”. Al contrario, “el sujeto no se da directamente, no aparece más que en el desgarramiento o en el exceso, cuando el actor no es reducible ni a sus roles ni a sus intereses. El sujeto no es el “yo” (“*moi*”), no es tampoco la identificación de un movimiento social a las leyes

naturales y sociales. No se percibe más que en el rechazo de las cosas, en la distancia y la crítica" (Dubet & Wieviorka, 1995, pág. 9).

Se ve la afirmación del individuo como sujeto presente ahí donde el individuo lucha por constituirse en un "yo" ("je") que enfrenta a los poderes impersonales, específicamente a la política institucional. La presencia del "yo" ("je") en el discurso popular es evidente cuando se habla de la necesidad de ser comprendido como un ser humano, con una capacidad de acción autónoma para articular su propia experiencia. El sujeto "poblador" deviene visible cuando el "yo social" ("moi") se fragmenta y es incapaz de interpelar al individuo.

De esta manera, es claro que el deseo de ser actor es un elemento central para definir la subjetividad popular en la medida que construye su propia imagen. El contenido del sujeto hacia el cual los individuos orientan sus acciones no puede ser definido *a priori*, lo que implica una inscripción del sujeto en el devenir mismo de la historia y sus procesos sociales. Eso no significa que los procesos de subjetivación no tengan ningún contenido, sino que son definidos a partir de las luchas que los actores tienen por afirmar su subjetividad.

El problema inicialmente planteado en torno al déficit de participación política, sobre todo entre los jóvenes y los sectores más pobres de la población, se torna más complejo cuando se interroga sobre la subjetividad popular. El problema se desplaza desde la relación entre la sociedad y la política institucional, hacia la vieja discusión sobre la relación entre lo social y lo político (Baño, 1985). Ahora bien, se ha intentado mostrar cómo lo social es desde ya una producción política, en la medida que el conjunto de aspiraciones y deseos que movilizan a las personas están determinados por un distanciamiento crítico de las funciones que el orden social les atribuye.

La relación entre este registro político de la subjetividad popular y la política institucional abre nuevas preguntas en torno a la comprensión del carácter atomizado de la subjetividad y la debilidad organizacional fácilmente apreciable, que no pasan simplemente por una desconfianza hacia el sistema sino realmente por una transformación de la subjetividad, donde los procesos de modernización inaugurados por la dictadura han jugado un rol central.

En este sentido, en los distintos discursos analizados, la distancia generacional de la cual hablan los estudios se torna muy patente en torno a un proceso en particular: la individualización que acompaña la subjetivación de los más jóvenes. Creo que éste es un factor relevante para la comprensión del comportamiento político actual (apatía), incluso electoral (derechización), de los más pobres. No pretende ser el único factor explicativo, sino que es una dimensión importante que parece necesario considerar a la hora de realizar un análisis de la política actual.

En los sectores más jóvenes de la población (representado por dos grupos de discusión en la investigación), la expresión del deseo de ser actor es fuertemente individual. Su relación con la historia misma es particular. Si la población en la cual habitan es el resultado de una lucha colectiva, esa lucha les pertenece a sus padres o abuelos. La continuidad o discontinuidad con esta experiencia de resistencia es así una elección principalmente individual.

La individualización de sus trayectorias sociales se expresa en una crítica hacia las orientaciones tradicionales de la comunidad. Estos jóvenes aparecen menos definidos por su pasado, que por el futuro que eventualmente pudieran llegar a protago-

nizar. Así, la pobreza, si bien les afecta duramente, es vista como algo que es preciso superar en el corto plazo, más que un rasgo identitario.

El pasado del Chile reciente les parece un espacio de división social y conflicto que les impide reconocerse en las transformaciones actuales. Los procesos de modernización neoliberal no aparecen para los jóvenes, al contrario de los entrevistados más ancianos, como una realidad que les es impuesta. El crecimiento económico y la ideología que se ha construido en torno al éxito individual les parece una alternativa atractiva, pese a que no les impacte directamente. La política, sin embargo, no les parece ser una dimensión donde puedan superar su condición de exclusión.

La individualización de sus procesos de subjetivación parece conformar una respuesta para autonomizar el presente de los obstáculos del pasado. Si la "población" es un espacio territorial donde la gente comparte una condición social precaria, heredada del pasado, es el individuo aislado quien debe buscar los caminos para alcanzar sus propios objetivos. La política institucional, en ese sentido, no les ofrece una alternativa, más allá del magro derecho de votar.

De hecho, los jóvenes aprecian mucho la autonomía de sus organizaciones en relación a la política del Estado. Los jóvenes, organizados en torno a sus necesidades individuales, se sienten capaces de articular sus propias experiencias. La inscripción de sus organizaciones en una institución política formal, ya sea el Estado, la Municipalidad o los partidos políticos, es interpretada como una forma de subordinación de las expectativas individuales a las necesidades del colectivo, determinadas desde fuera por los intereses de la clase política.

Si se consideran las diferencias existentes entre los distintos procesos de subjetivación, se puede comprender por qué la articulación entre lo social y lo político es un fenómeno más complejo que un diagnóstico de la apatía política, en la medida que no hay elementos suficientes para determinar las formas que debe asumir la desigualdad o la pobreza, para que éstas conduzcan a procesos anómicos, respuestas individuales o a la formación de una voluntad política colectiva.

REFLEXIONES FINALES

Se defiende la tesis del carácter político de los procesos de subjetivación, primero, para cuestionar la tesis del apoliticismo de los pobladores, la cual los torna incapaces de continuar o reconstruir cualquier forma de relación con la política; segundo, para combatir la idea según la cual la ausencia de un movimiento social central significa la desaparición de los conflictos sociales (la idea de universos post-políticos o el fin de la historia). La subjetivación de los pobladores muestra bien cómo la experiencia social es, al mismo tiempo, una crítica y una afirmación del individuo frente a la construcción del orden social.

Combatir estos presupuestos no tiene por objetivo el aferrarse a una especie de voluntarismo que vea en los sectores populares un posible germen de transformación social. Al contrario, intenta otorgar los elementos analíticos para comprender la apatía frente a la política institucional y la derechización del voto popular, sobre todo en estas últimas elecciones presidenciales donde la democracia chilena da un vuelco hacia la derecha que no se había producido por vía electoral desde 1958.

A ese respecto, en relación al material trabajado, se puede sostener que existe una amplia gama de jóvenes pobladores que se sienten interpelados por la política de la derecha chilena, la cual conjuga un fuerte conservadurismo moral con un hiperliberalismo económico. Los procesos de individualización que experimentan constituyen una forma de "olvidar el pasado", intentando integrarse de forma eficaz en los procesos de modernización, donde la iniciativa individual aparece como una herramienta fundamental para combatir la pobreza. Los valores de la clase alta, los "favorecidos" por el modelo neoliberal de desarrollo, representados por la derecha política, llaman poderosamente la atención de los más jóvenes. El éxito pecuniario, siguiendo una trayectoria individual, es un valor bastante apreciado. Es, en parte, el modelo que representa el nuevo presidente de la República.

Los procesos de modernización no aparecen para los jóvenes, contrariamente a lo observado en las personas adultas y ancianas, como una realidad que les es impuesta. La prosperidad económica chilena les ofrece la oportunidad de ir más allá de su individualidad e integrarse simbólicamente en un mundo colectivo.

La política de derecha ofrece, primero, una posibilidad de cambio desplazando la política desde la esfera institucional hacia la escena local (el partido más importante de la derecha -la Unión Demócrata Independiente- leyó muy bien la necesidad de instalarse en los medios populares). Sin embargo, ese desplazamiento esconde los conflictos sociales que están detrás de las desigualdades. Propone una alternativa en el presente, reproduciendo sin duda las herencias del pasado, ya sea a través de la profundización de la economía neoliberal y el refuerzo a la centralidad del mundo empresarial o a través de una despolitización de los conflictos sociales.

Pienso que será importante en un futuro próximo leer los cambios en la subjetividad popular, principalmente la individualización, más que como un retroceso en relación a la participación, como una transformación que debe ser articulada con una alternativa colectiva; si con ellos buscamos todavía una capacidad de incidencia de los sectores populares en la construcción de la democracia chilena.

BIBLIOGRAFÍA

Aranda, C., y Cuevas, J. C. 2008. "Tercera persona plural: la juventud invisible". *Observatorio de juventud*, 5 (18), 53- 63.

Baño, R. 1985. *Lo social y lo político*. Santiago de Chile: FLACSO.

---. 1995. "El nuevo carácter del apoliticismo". *Serie estudios políticos* (33), 5- 28.

Baño, R., y Faletto, E. 1992. *Estructura social y estilo de desarrollo*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología.

Campero, G., y Cortázar, R. 1988. "Actores sociales y la transición a la democracia en Chile". *Colección Estudios CIEPLAN* (25), 115-158.

Castel, R. 1995. *Les métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*. Paris: Fayard.

---. 2009. *La montée des incertitudes*. Paris: Éditions Du Seuil.

- Dubet, F., y Wieviorka, M. 1995. "Introduction". En F. Dubet, & M. Wieviorka, *Penser le sujet. Autour d'Alain Touraine*. Paris: Fayard.
- Faletto, E. 1994. "La función del Estado en América Latina: política social, desarrollo y democracia". *Foro* (23), 5-16.
- Figueroa, R. 2003. *Desempleo y precariedad en la sociedad de mercado*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Foucault, M. 1992. Deux essais sur le sujet et le pouvoir. En H. Dreyfus, & P. Rabinow, *Michel Foucault. Un parcours philosophique*. Saint-Amand (Cher): Gallimard, 297-321.
- Fuentes, C., y Villar (eds.), A. 2005. *Voto ciudadano: debate sobre la inscripción electoral*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Garretón, M. A. 2000. *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. Santiago de Chile: LOM.
- González, R., Manzi, J., Cortés, F., Torres, D., De Tezanos, P., Aldunate, N., y otros. 2005. Identidad y actitudes políticas en jóvenes universitarios: el desencanto de los que no se identifican políticamente. *Revista de ciencia política*, 25 (2), 65- 90.
- Gramsci, A. 1970. *Introducción a la filosofía de la praxis*. Madrid: Península.
- Honneth, A. 2006. *La société du mépris*. Paris: La Découverte.
- Laclau, E. 2006. *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2010. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., y Mouffe, C. 1987. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lechner, N. 2002. *Las sombras del mañana*. Santiago de Chile: LOM.
- Lewis, O. 1972. *La cultura de la pobreza*. Madrid: Anagrama.
- Madrid, S. 2005. "¿Políticos de ayer, apáticos de hoy? Generaciones, juventud y política en Chile". En C. Fuentes, y A. Villar, *Voto ciudadano. Debate sobre la inscripción electoral*. Santiago de Chile: FLACSO, 45-84.
- Martínez, J., & Palacios, M. 1996. *Informe sobre la decencia*. Santiago de Chile: Sur.
- Merklen, D. 2009. *Quartiers populaires, quartiers politiques*. Paris: La Dispute.
- MIDEPLAN. 2003. *Observatorio social: el juicio ciudadano sobre las políticas públicas*. Santiago de Chile: Departamento de información. Ministerio de Planificación y Cooperación de Chile.
- Mouffe, C. 2007. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Navia, P. 2004. "Participación electoral en Chile, 1988-2001". *Revista de Ciencia Política*, XXIV (1), 81-103.

Nietzsche, F. 2000. *La voluntad de poder*. Madrid: Edaf.

Paugam, S. 2002. *La disqualification sociale: essai sur la nouvelle pauvreté*. Paris: Presses universitaires de France.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. 2002. *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD.

Rancière, J. 2006. *Política, policía, democracia*. Santiago: LOM.

---. 2007. *La Méseintente. Politique et philosophie*. Paris: Galilée.

Ruz, L. 2008. "Los jóvenes y su mirada crítica a la democracia en tiempos de cambio". *Observatorio de juventud*, 5 (18), 13- 20.

Toro, S. 2008. "De lo épico a lo cotidiano: jóvenes y generaciones políticas en Chile". *Revista de ciencia política*, 28 (3), 143- 160.

Touraine, A. 1991. Face à l'exclusion. *Esprit* (169), 7-13.

---. 1992. *Critique de la modernité*. Paris: Fayard.

---. 1995. La formation du sujet. En F. Dubet, & M. Wieviorka, *Penser le sujet. Autour d'Alain Touraine*. Paris: Fayard.

---. 2005. *Un nouveau paradigme pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Paris: Fayard.

Touraine, A., & Khosrokhavar, F. 2000. *La recherche de soi. Dialogue sur le sujet*. Paris: Fayard.